

EL COMERCIO

REVISTA CIENTÍFICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA.

REGALO Á LOS SUSCRITORES.

PRECIO EN VENTA 0'20 DE PTA.

SUMARIO.

TEXTO.—La primavera, por D. J. B. Enseñat.—Flores, por don G. Rosselló.—Cansons d' Alemania (traducción) por D. M. Obrador.—Una causa célebre por C. Sintés.—Á A. G. por D. P. de A. Peña.—Rimas por D. J. Alcover.—Epigrama por Elio.—Charada.—Soluciones.

GRABADOS.—Una Maja por D. F. Mestre.—La Escuadra de instrucción en el Mediterráneo, anclada en la bahía de Palma, por D. L. Mestre.

PRIMAVERA.



As picantes escenas que voy á referir tienen por escenario la comarca de Robinson, pintoresco lugar de las inmediaciones de París.

El mes de mayo, habilísimo escenógrafo, ha estendido por el suelo una verde y mullida alfombra salpicada de flores, y ha renovado el verde oscuro de los corpulentos castaños que pueblan el valle más pintoresco de las márgenes del Sena.

No hace frío ni calor, ó más bien ambas cosas á la vez. El sol se halla á media luz, como el gas de ciertas poblaciones españolas.

El alma y el cuerpo de mis personajes languidecen por igual. Nada desean y todo lo apeteecen.

Cansado de aburrirme en mi habitación, me dispongo á salir. Es necio estar metido entre cuatro paredes, cuando el campo nos brinda con sus galas primaverales.

Apacible está la atmósfera. El paseo promete ser delicioso,

Los árboles parecen cubiertos de musgo... No. Ese ligero tinte verdoso anuncia nuevas ramas, impacientes por romper la débil corteza que las aprisiona. Al sentir correr su sávia exuberante, las plantas deben experimentar una desazon parecida á la que siento.

Le pasará á todo el mundo lo que á mí?

Allí viene una jóven señora con dos niños. Con su aire de fastidio y actitud pensativa, más bien parece arrastrar que llevar de la mano á las dos criaturas. Difícil me ha sido conocerla. Es la hermosa Elisa, siempre jovial y contenta y hoy tan abatida y melancólica.

—Está Vd. mala, mi bella amiga?

—No... sí... no sé.

—Si ó no?

—Creo que sí; pero no acertaría á decir lo que tengo. Este calor... este frío... la lluvia... el sol... No sé á qué atribuir mi estado nervioso. Me exaspera la vida que llevo; la monotonía de la existencia!...

Y aprovechando la ocasión para desahogarse, suelta por su linda boca una letanía de apóstrofes, en la cual el matrimonio, la mujer no comprendida, los nervios y no sé que más se confunden en incomprensible mescolanza.

Admírame este lenguaje en boca de una mujer que pasa por un ser feliz, y áventuro algunas frases sobre la influencia del tiempo.

—Ah! sí! exclama ella; ese tiempo!.. esa primavera!.. Oh! virtud, virtud!..

Y pone fin á sus exclamaciones, con un profundo suspiro mas elocuente que sus palabras.

Le pesará acaso la virtud? pienso yo; y me despido de mi hermosa amiga, tratando luego de investigar las causas que, en ciertas ocasiones, de tal modo hacen enfermar á las mujeres honradas.

Vamos á ver si todas son así.

Llamo á la puerta de doña Luisa, respetable señora que cura en el campo el dolor de su viudez con la agradable compañía de cinco ó seis hijas de Eva sin colocacion.

—Gracias á Dios que se deja Vd. ver!

—Felices ojos que le ven á Vd!

—Qué feliz casualidad le trae á Vd. por aquí?

Con estas y otras exclamaciones acogieron ellas mi entrada en el salon. En todos los rostros asomó divina alegría.

Conociase que aquellas pobres criaturas se habian aburrido tanto entre sí, que la llegada de un hombre era una dicha para ellas.

No llevo mi fatuidad al extremo de vanagloriarme de estas lisongeras demostraciones.

Al abrir yo la boca para contestar á aquel torbellino de preguntas, un estornudo mal reprimido me corta la palabra.

—Se ha resfriado Vd? preguntan á un tiempo doña Luisa y todas sus amigas.

—Esos cambios repentinos de temperatura!... dice una de ellas.

—Efectos de la primavera, replico yo.

—Maldita primavera! exclama una rúbia de ojos negros, arañando los pliegues de su vestido.

—Maldita sávia! Dice una morena, apretando los puños hasta romper sus guantes de piel de Suecia!

—¿Como les trata á Vds. la primavera? me atrevi á preguntar.

A mis palabras, que cayeron como una bomba en el salon, sucedió una esplosion general de imprecaciones.

—Terrible estacion!

—Ya lo he dicho, esa maldita sávia nos ahoga.

—Esperimento una molicie!..

—Tengo una fiebre!..

—Yo un deseo insensato de cometer alguna locura.

—A mí solo se me ocurren extravagancias.

—Oh! si no venciera las tentaciones!..

Continúan los efectos de la esplosion.

—Por Dios, señoras, cálmense ustedes. ¿Qué dirian sus maridos si acertasen á oirlas?

—¿Ha venido Vd. para recordarnos que no tenemos? dice la mas maliciosa, dirigiéndome una terrible mirada.

No por cierto; pues no me siento capaz de curar á seis mujeres atacadas de una misma crisis. Adios, señoras; hasta mejor estacion.

Esto diciendo, salí al campo; no sin repetir estos intencionados versos de Campoamor:

«¡Cuantas virtudes en la tierra habria
si no fuera el Abril!»

Mientras tanto, una ligera lluvia ha rociado el suelo. Las gotas de agua, pendientes de las hojas, resplandecen como diamantes á los rojizos destellos del sol poniente.

Suaves y dulces perfumes se desprenden de las

flores. La rosa silvestre, sonriendo á través de las lágrimas que coronan sus pétalos, entreabre su corola perfumada. De todas las plantas se exhalan eflúvios de amor.

Dos pájaros se acercan; llevan en el pico pajuelas y plumas que colocan cuidadosamente en el hueco de un árbol, asegurando un lecho al fruto de sus amores.

No soy el único que se deleita en este conmovedor idilio. A mi lado hay una mujer. Es una institutriz austriaca, que conocí años atrás, rozagante y bella, y que hoy encuentro demacrada y triste.

—Vd. por aquí, Berta? Cómo ha cambiado Vd!

—Se cambia mucho, cuando se pasa la vida esperando inútilmente; contestó ella, dirigiendo una expresiva mirada hácia el nido apenas bosquejado.

—Esperando qué?

—Qué?...

Y una amarga sonrisa contrae su pálido rostro.

—Esperando la felicidad que concede Dios á todas las criaturas, excepto á las jóvenes demasiado pobres para hallar un marido, y demasiado virtuosas para tomar un amante.

Cuando la naturaleza toda entona por medio de la voz de privilegiados seres un himno eterno al amor, ¿es posible que miles de niñas se consuman por no haber conocido la dicha de ser mujeres; y que la mayor parte del bello sexo sufra deseando una felicidad que el matrimonio no logra darle?

Será este el mal misterioso á que ninguna de mis amigas ha querido dar un nombre?

Rosa tambien se habia separado de mí murmurando con triste resignacion:

—Si no hubiese la satisfaccion de la virtud!

Prosigo mi paseo; absorto en extrañas meditaciones. De entre unos matorrales salen voces confusas, risas sofocadas, ruido de follaje agitado por alguien que se defiende, suspiros y besos...

Dirijo una mirada á través de la espesura y descubro con sorpresa á un robusto zagal retozando con una rolliza maritornes. Ella, como mujer, sorprende mi mirada indiscreta; pónese encarnada como un tomate y se escusa diciendo:

—No lo eche Vd. á mala parte, caballero. Una no es de mármol, y hay que celebrar la primavera cuando está una en la flor de la juventud.

El zagal se contenta con mirarme con la estu-
pidez que caracteriza á muchos hombres.

—Que esta estacion os sea propicia, digo yo.

Y habiendo encontrado al fin una mujer á
quien no causa vapores, ni ataques de nervios,
la primavera que poetas y pintores celebran á
porfía como deidad coronada de rosas, regreso á
mi casa y escribo al pié de una viñeta de mi al-
manaque ilustrado:

Primavera: estacion en que las mujeres honra-
das padecen grandes indigestiones de virtud.

JUAN B. ENSEÑAT.

París, Mayo de 1880.

FLORES.

I.

Anémona precoz! en el collado
Blanquea aún la nieve del invierno,
Y ya sonríe en el boton materno
El matiz de tu cerco delicado.

Mírate sola en el extenso prado;
La escarcha mira sobre el césped tierno;
Cual te amenaza con fragor eterno
El torrente, en las rocas despeñado.

Triste de tí! al llegar la primavera
Florece el otero, y tu corola
No radiará en la fiesta de la vida.

Así se ha anticipado pasajera
La dicha en mi alma, en sus fruiciones sola,
Para secarse en la estacion florida.

II.

Puro, cándido lirio en la floresta
Alza su tallo esbelto entre otras flores;
Y dice al suelo, desdenando amores:
—«De mi fé amante la mansion no es esta.

Aunque arraigó en el barro, tengo puesta
La mirada en los altos esplendores;
Y guardo para Dios, no mis albos,
Sino perfumes de virtud modesta.»—

Así, espíritu y flor, el alma mía
Tambien exclama en su dolor profundo:
—«Oh! no es mi albergue, no, el del desconsuelo.»—

Y desde el tallo en que se abriera al dia,
Si está por la raíz asida al mundo,
Levanta libre el pensamiento al cielo.

III.

La última rosa solitaria aspiro
En la que fuera ayer floresta umbrosa;
Y no hay entorno ya boton ni rosa
Que respondan del céfiro al suspiro.

¿A qué sola vivir? oh flor que admiro!
Reposa ya do tanta flor reposa;
Deshecha rueda tu corola hermosa
Donde de tantas los despojos miro.

Así pueda las plácidas visiones
De amistad fiel seguir y amor profundo,
Al hundirme en la noche del olvido.

Cuando han muerto los fieles corazones,
Y las almas amadas ya se han ido,
¿Quién vivir quiere en el desierto mundo?

GERÓNIMO ROSSELLÓ.

CANSONS POPULARS D' ALEMANIA.

IV.

LOS FILLS DE REY.

Hí havia dos fills de rey
Qui's tenian amor gran
Y aplegarse no podian:
Massa fonda era la mar.

—«¿Sabs nadar, cor que m' estimas?
¡Cor volgut, vina nadant!
Jo encendré tres flamadetes
Que 'l camí te mostrarán.»

Ran, ran hi havia una jaya
Que feya com qui becar:
Apagá les flamadetes,
Y el jove mori negat.

Diumenge dematinada,
De festa tothom ne fa;
La filla del rey, pobreta,
De pena té 'ls ulls clucats.

—«¡Ay mare, la meua mare,
Si vésseu quin mal de cap!
¿Voleu que vaja á fer volta
Per la vorera de mar?

—¡Oh filla, la filla mia!
Tota sola no hi 'nirás:
Desxondeix ta germaneta
Y aniréu á passejar.



UNA MAJA.

(Del album de D. Francisco Mestre.)

—¡Ay mare, la meua mare!
Ma germana es un infant,
Y cull totes les floretes
De la vorera de mar.

—¡Oh filla, la filla mia!
Tota sola no hi 'nirás:
Al teu germanet desperta,
Y hi 'niréu tots dos plegats.

—¡Ay mare, la meua mare!
Massa nin es mon germá,
Y mata 'ls aucells que troba,
Voreta del riu, cantant.»

Ella 's posa sa manteta
Y cap á n 'el riu s 'en va;
Quant hi es, cerca qui cerca,
Al pescador ha trobat.

—«Pescador, pescadoret,
¿Vols guanyar un bon jornal?
Treume del fons de les ones
Un rich fill de rey, negat.»

Ja tira xerxes á l 'aygua,
Pesca més que pescarás;
Los ploms ben endins s 'afonan...
¡Al fill de rey ha trobat!

Ella 'l pren dins los seus brassos
Y á la boca l 'ha besat:
—«¡Mon bé, si parlar poguésse,
No tendria 'l cor malalt!»

La filla del rey se lleva
La corona d 'or del cap:
—«Gés, pescador, la corona
P 'el bon jornal qu 'has guanyat.

Se tréu del dit la tumbaga,
La tumbaga d 'or brillant:
—«Gés, pescador, ja qu 'ests pobre,
Compra pa p 'els teus infants.»

Se cobreix ab sa manteta
Y 's tira de cap dins mar:
—«Adeu, mon pare y ma mare;
Ja no 'm reveuréu pus may.»

Se sésenten sons de campanes,
Se sésenten gemechs y planys:
Dos fills de rey allá jaen;
Moriren tot dos plegats.

Trad. de
M. OBRADOR BENNASSAR.

I.

No hace aun tres meses que el nombre de don Cárlos Gomez era completamente desconocido entre los poetas dramáticos españoles, pero desde el 13 de Mayo se le oye nombrar en toda reunion de literatos y no hay empresa teatral que no ponga en escena su magnífico drama *Cándida*.

No intentaré hacer un estudio crítico de este profundo análisis de las pasiones, que bajo las formas mas interesantes, y amenizado con las galas de una correcta versificación, ha tenido en suspenso el ánimo de todo Madrid durante tantas noches pero quiero contar á los lectores de EL COMERCIO una aventura singular, que este drama ha originado, y que empezada en el tribunal de La Latina, terminó anteayer en Fornos.

Apenas se habia representado *Cándida* diez y ocho ó diez y nueve veces, cuando apareció con el título de *La esposa del procurador del Rey* una novela escrita por autor anónimo, de forma tan descuidada, que nadie hubiera fijado en ella la atención, si su argumento no fuese el mismo que tantos llenos habrá proporcionado al teatro de Novedades.

El Sr. Gomez podria haber despreciado al folletinista que á costa del drama hacia su agosto, pero dejándose llevar por la pasion que todo escritor jóven siente por la obra que le ha proporcionado el primer triunfo, no quiso dejar impune lo que él calificaba de atentado á la propiedad literaria, y demandó al anónimo novelista ante el tribunal de La Latina.

Pero ¿cual seria el asombro del Sr. Gomez al ver que su demandado como toda defensa presentaba un tomo de causas célebres traducidas del francés y publicadas hace quince años por los Sres. Gaspar y Roig?

—He querido presentarme en persona al juicio de conciliacion, dijo el anónimo novelista, para tener el gusto de saludar de nuevo á mi antiguo camarada, y recordarle la aficion que cuando estudiábamos derecho penal, teníamos á leer las *Causas célebres nacionales y extranjeras* que se publicaban por entregas en esta Côte. Hé aquí el tomo que con tanta avidéz leíamos juntos bajo los árboles del Buen Retiro. Réstame solo rogar á mi amigo Gomez que lea la página 174 y vea si he sido yo el plagiario.

El Sr. Gomez quedó aplastado ante aquella na-

turalidad y aquella sangre fría; al cabo de un momento, como si una fuerza desconocida dispartara su dormida memoria, recordó á aquel amigo de la infancia, aquellas mañanas pasadas en íntima conversacion y amena lectura, aquel libro en que creian aprender á conocer el foro y aquella causa, que habia quedado en su cérebro en forma de reminiscencia y que el habia dado al público, íntimamente convencido de que era un pasto original de su mente.

Los dos antiguos camaradas se abrazaron; mediaron toda clase de satisfacciones: el mismo juez depuesta su gravedad soltó una solemne carcajada, y como satisfacieron por esta intempestiva hilaridad convidó á los contrincantes á almorzar en casa Fornos.

—Desde hoy retiro de la venta los ejemplares que aun quedan de mi novela, para no perjudicarte, decia el novelista apurando la última copa y encendiendo el décimo cigarro.

—Al contrario, amigo mio, preferible es no dar permiso para que se represente mi drama y así quien quiera conocer á *Cándida* tendrá que leer *La esposa del procurador del Rey*.

—Páreceme señores que al contrario, deben Vds. tratar de vender muchos ejemplares de la novela, y autorizar muchas representaciones del drama, lo único que creo deben aconsejarles es que traten de dar por cuantos medios esten á su alcance publicidad al proceso que ha inspirado tan escelentes obras, á fin de que nadie pueda nunca creer de Vds. que han intentado hacer pasar por imaginarios unos personajes que verdaderamente han existido; y por original un argumento que tiene el inimitable encanto de la realidad.

Aceptaron los dos literatos la proposicion del magistrado, y en prueba de que desean cumplir su consejo, recibí ayer una carta del novelista (que quiere guardar el incógnito) en que me contaba este extraño lance, y me enviaba copia de la célebre causa, origen de estas líneas, con encargo especial de insertarla en EL COMERCIO.

Como es escesivamente larga me ocuparé durante la semana en extractarla á fin de poderla insertar en el próximo número extraordinario de este periódico.

C. SINTES.

Á A. G.

Niña de ojos inquietos,
que á las sencillas flores
revelas tus secretos
y cuentas los amores
primeros que tu pecho conoció;
no des á las corrientes
las perlas de tu llanto,
que el corazon que sientes
latir con dulce encanto,
un Dios para que amases te lo dió,

Así, la mariposa
para volar ligera
al Sol que regenera
alas de azul y rosa
le dieron de dorado tornasol.
Mas ¡ay! niña; cual ella
no dejes el camino
que guia á la luz bella.
No confundas sin tino
la llama de la hoguera con el Sol.

Ora es de noche, aguarda
con fé en la sombra negra,
que nunca en verse tarda
la luz que el alma alegra
de la aurora, de nubes al trasluz.
Su manto de oro y grana
cobija la ventura,
y al nacer la mañana
podrás volar segura
en olas mil de inestinguible luz.

El Sol es inmutable,
de nítidos reflejos,
de llama incomparable
y está de tí muy léjos
para que llegues á abrasarte en él.
Sus rayos son la vida,
son fuente de placeres
son amor sin medida
aroma y rosicleres
que perfuman las flores del verjel.

Suspende el vuelo ahora
que esa llama que brilla
con fuerza y sin mancilla
es llama engañadora.
¡Ah! no es el Sol que vida te ha de dar.
No vuelas que su fuego
con humo mancharia

tu candidez, y luego
tus alas quemaria
y en el cieno te vieras espirar.

—
La posesion mentida
de un falso bien te diera
en vez de eterna vida
la muerte lastimera
que priva las delicias del Eden.
Y es la temprana muerte
de la terrena pompa
la que ha de concederte
luego que el dia rompa
la posesion del verdadero Bien.

P. DE A. PEÑA.

Mayo, 1861.

~~~~~  
RIMAS.

I.

Antes que estrenes, Facundo,  
Tu primer frac oficial,  
A la rígida moral  
Modera tu amor profundo;  
Pues verás que en el gran mundo,  
Segun la moda admitida,  
Baja el escote á medida  
Que sube el social honor,  
Y es la que viste mejor  
La que va menos vestida.

II.

Manda de la belleza el Dios risueño,  
Amarla donde quiera que se hospeda;  
Y al mismo tiempo el catecismo veda  
Amar á la beldad que tiene dueño.  
Así, confuso entre el opuesto empeño  
De la Iglesia y el Arte,  
A alguno aguardo que me diga solo,  
Si habré de obedecer para cantarte  
A Ripalda ó á Apolo.

III.

No me apliques conceptos criminales,  
Simpática Isabel, entre otras cosas,  
Porque suelo mirar varias hermosas  
Y escribo á varios nombres madrigales;  
Aunque sean plurales,  
No son pecaminosas  
Estas contemplaciones ideales.

Por algo Dios nos puso  
Los ojos en la cara, y de esta hecha  
Hizo á todos comun el inconcuso  
Derecho de admirar, aunque no el uso.

Donde lo bello exista  
Del dueño es la cosecha,  
Pero de todos es la buena vista.

No es raro pues, preciándome de artista,  
Que deje errar los ojos con dulzura  
En cuantas caras me parecen bellas:  
Yo adoro en todas ellas  
Una sola hermosura,  
Como la luz en todas las estrellas.

J. ALCOVER.

EPÍGRAMA.

—En un golfo naufragué,  
Me dijo ayer D. Pascual.  
—Yo tambien, cuando tiré  
En ese juego el caudal.

ELIO.

CHARADA.

Quiero en *segunda prima*  
vanagloriarme  
de que *prima dos tercia*  
promete amarme.  
¡Ay *tercia cuarta!*  
puede que esta noticia  
tu pecho parta.  
Pero el que pertenece  
á *uno dos cuatro*  
con una mujer sola  
no hace contrato.  
Yo de este modo  
tambien acepto el alma  
de doña *Todo*.

D. JUAN.

La solucion en el próximo número.

SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR.

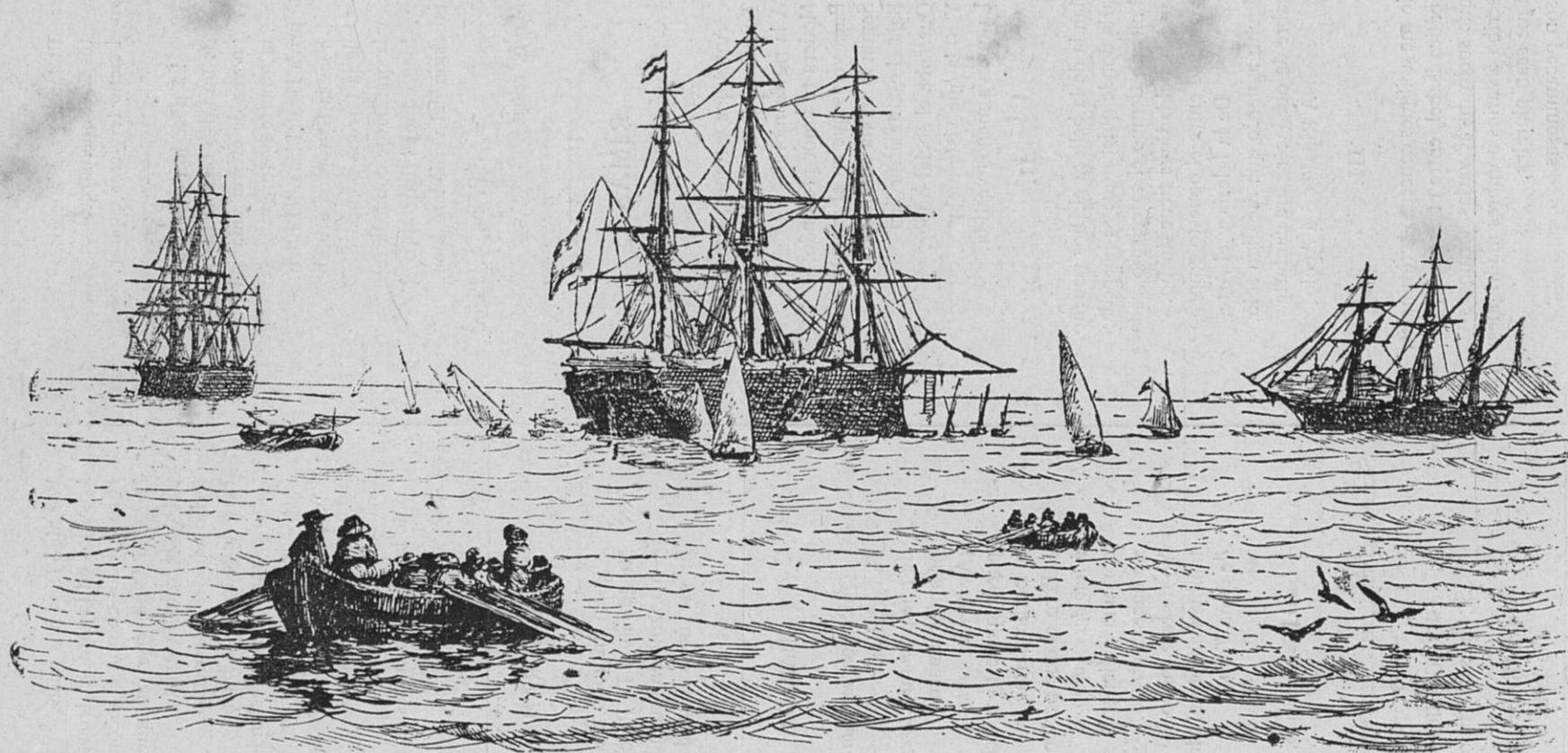
GEROGLÍFICO.

Sí; la solfa miré.

CHARADA.

Go-le-ta.

PALMA.—IMPRESA DE M. ROCA.



Fragata Blanca.

Fragata Sagunto.

Corbeta Tornado.

ESCUADRA DE INSTRUCCION DEL MEDITERRÁNEO ANCLADA EN LA BAHÍA DE PALMA.

(Del natural por D. Luis Mestre.)